

TERESA HAMEL

**Dadme
el derecho a
EXISTIR**



EDITORIAL ACONCAGUA
Fundada por Claudio Orrego V.

**Dadme
el derecho a
EXISTIR**

Colección Mistral

DADME EL DERECHO A EXISTIR

TERESA HAMEL

A GASTON HAMEL, TERCER VOLUMEN DE LA TRINIDAD

Porque en estos años he experimentado la
angustia que significa tener que
mudar ante los desastres
que nos ha tocado sufrir

1973 - 1983

Institución N° 61 034
Primera Edición - Octubre 1982

Diseño y Diagramación: Cirotes - 2222222
Portada: Julio Herrera M.
Proyecto de Edición: Fernando Silva M.

EDITORIAL ACONCAGUA
Providencia N° 329 - 3er. Piso - Fono: 42981



EDICIONES ACONCAGUA
Colección Mistral

Impreso en Chile - Printed in Chile

DADME EL DERECHO A EXISTIR

© Teresa Hamel Nieto

Inscripción N° 61.024

Primera Edición - Octubre 1985

Diseño y Diagramación: Ciceros - 2222225

Portada: Julio Herrera M.

Proyectó la Edición: Fernando Silva M.

EDITORIAL ACONCAGUA

Providencia N° 329 - 3er. Piso - Fono: 42981

Impresor: Pucará - Fono: 736978

Fotomecánica: León Chipon

Impreso en Chile - PRINTED IN CHILE

A GASTON HAMEL D'ACUHNA DE SOUZA,

mi padre,
ese porteño incansable, que ideó cosas
imperecederas, en la petroquímica o la
vida cívica, y que terminó postrado cinco
años mudo y paralítico.

Porque en estos años he comprendido la
angustia que significa tener que permanecer
muda ante los desgraciados trastornos
que nos ha tocado sufrir.

1973 - 1983

*Estos cuentos son ficticios;
cualquiera similitud con la
vida real, mera equivocación.*

San Pedro y San Pablo

PATRONA, le traen un canastillo de retamos blancos...

—¡Oh! ¡Qué lindo! Tan fragante. ¿Quién lo mandaría? Mis anteojos, Sonia. ¡Ah! Domingo Bermúdez...! Lo desconozco.

—¿Algún admirador, patrona...?

—¡Qué graciosa, Sonia!, a mis años...

—¿Acaso el Ministro de la Corte?

—¡Por supuesto! Nunca aprendí el nombre de estos señores. Cuando mi marido vivía, nadie los cotizaba porque carecían de situación social, estuvieron postergados medio siglo. La carrera judicial sólo la seguían algunos idealistas y el medio pelo. Hoy se la aprecia porque son los únicos que le hacen frente a los comunistas. ¿Qué diría mi hermano si viviera? El pobre fue juez más de treinta y cinco años. Vivía amargado por la pobreza, ninguno de sus hijos logró educarse en colegio particular. Era un asceta, muy considerado... ¡Cuánto cambiaron los tiempos...! ¿Quién pensaría que Domingo Bermúdez me mandaría flores? Este era un fla-

co, amigo de mi hermano, medio enamorado de mí. Debe estar bastante viejo. Se excusa. Me alegro. Su mujer me parece siútica y le ha dado por figurar. Ponga el canastillo sobre el piano, que luzca... ¿Dónde se metió el chofer? Apenas lo necesito, desaparece...

—Pero, patrona, usted se olvida, lo acaba de mandar donde Las Monjas por los dulces.

—¡Cierto! Lo olvidaba. ¡Ah! ¿y plancharon las servilletas, Sonia? ¿Y llegó el pavo? Porque mi fiesta debe resultar espléndida. Las estufas, Sonia, que queden limpias, aunque a mí poco me importa que expidan olor porque carezco de olfato, pero la parafina le produce a Rosa dolor de cabeza. Si esto de calentar las casas sólo sirve para resfriarse. ¡Mónica! ¿crees que vendrá poca gente? He invitado tanta...

—Abuela, sí chica se hará la casa... (Que se raje con una fiesta para los que la sirven como esclavos. ¡Cuánto la querrían!... En lugar de eso, puro látigo. Pronto esto se repletará de tordos, tuertos, y apenas coma un poco de pavo, me las emplumo. Felizmente una mirada furibunda mía la inquieta y deja de majaderearme. Me perturba esta vieja... me impide escribir...).

—Y tú, Mónica, sentada sin ayudar gran cosa, ¿ignoras que hoy es San Pedro y San Pablo y que tu abuela se llama Pabla? ¿Qué

escribes? Tan estudiosa esta niña, la única que estudia aquí. Bueno, tampoco urge que trabajes: sobran empleados flojos.

“Cómo es de pesada cuando quiere, ni en su rincón la dejan a una tranquila, presiona con su autoridad, los mandonea a todos, menos a mí, apenas se atreve, aunque en el fondo me guarda rencor porque desapruebo sus ideas.

“Cúidame el rocío, pétalo roto, que no se escape la actinia con sus neuronas, ni el patético grito del averrara, cobijen mi espanto al amanecer, impidan que mi ojo avisador descubra que debo seguir respirando... respirando.. Dame, amigo, un gajo de tu sueño hasta el alba, desolador percibir mi harapiento perfume que se arrastra denso, como estimulante semilla, hinchado, mullido, galopante, mientras tú ignoras mi hilo subterráneo en tu silencio fanfarrón. Recorriendo tus contradicciones, aferrado a tu sexo. ¿Una tarea rebajar la moral femenina? Adiestrar mujeres utilizables. (Son ingenuas, agonizan por una palabra tierna, por una caricia en el clítoris, que uno les brinda un beneficio fornicándolas. Me gusta requisar los pensamientos...).

“Con pesar debo admitirlo, en el fondo de mí aullaste toda la noche. Desleal. ¿Eres irrecuperable? Acecho mi granero: fermenta, pulula, se transforma en un follaje pleno de posibilidades, sin embargo quisiera explo-

rar tu territorio, sólo apto para adultos”).

—¿Qué pasa? ¿Se sublevaron los milicos?...

—Sonia, corte la radio.

—...pero, ¿cómo? Deja escuchar... parece que hay muertos...

—Nos pone nerviosos y nos queda harto que hacer. ¡Era hora, tenemos que recuperarnos!

—Dicen que te impiden llegar al centro, balean el Palacio.

—Por fin que aprendan estos Upelientos...! Tú, naturalmente censuras mi fiesta entremedio de las balas... Pero como vamos a ganar, será celebración doble, mi día y el triunfo de la derecha. ¡Rotos alzados! ¡Apenas han dejado las ojotas y pretenden gobernar!

(“Comenzó la mocha... quisiera saber lo que ocurre... primero comer y después lanzarme a la calle inadvertidamente para evitar alharaca”).

Entra el chofer, un muchacho joven, llega lívido y asustado.

—Señora, es imposible alcanzar a Las Monjas y traer la torta. El centro está cerca... ¡una de balas!... Alcancé a divisar tres tanques frente a El Palacio, comenzaron a disparar los cañones. Las calles llenas de milicos, las ametralladoras y los bazookas disparan, señora, contra nosotros... contra cual-

quiera. ¡Vi una mujer frente al Crillón y le dispararon!, ¡le volaron la cabeza!, la hubiese visto asustada corriendo, muerta de pánico. Igual le dispararon con un bazooka grande como cañón, cayó de lado en un charco de sangre...

—¡Cállate! Me arruinas mi día, guárdate tus atrocidades, tus mentiras, esas son las tropas leales que nos liberarán de los comunistas.

—¿Y por eso, misiá Pablita, matan a la gente como uno, que en absoluto es comunista? Nosotros la tapamos con hojas de diarios, dobló así el cuerpo y cayó con la cabeza destrozada. Llevaba una cámara fotográfica.. Se tumbó bruscamente con el impacto. Yo cerré los ojos, nervioso, apenas podía ver, me tapaba un poste, se dobló hacia el lado derecho. Corría hacia Libertad. ¡Quién se imaginaría que la matarían! ¿Por qué la mataron? ¿Qué daño hizo la pobre...? Tenía como treinta años, corría horrorizada, igual de joven como la Edelmira, a lo mejor era madre, ¿qué será de sus hijos?, se derrumbó de un zuácate y cayó, se echó para atrás, primero, después se tumbó de frente. El cuerpo convulsionado saltaba. ¡Horrible, señora, horrible! ¿Por qué matan a la gente? ¿Por qué, señora? No pienso en ir a buscar ninguna cosa. Me voy en busca de mis hijas que andan con la Edelmira donde

mi suegra.

—Dénle bromuro, del que manejo encima del veledor, eso lo volverá en sus cabales. Pidan al Club que manden un mensajero con las cosas.

—¿Cree usted que lo tendrán abierto?

—Usted siempre, Sonia, pesimista, ni siquiera lo cerraron cuando cayó Ibáñez, menos ahora. Resultaría deslucida mi fiesta sin los Suspiros de Angel. Además, ya los pagué. Esas Monjas los cocinan exquisitos, Sonia. ¿Contesta el Club? Pásame el fono. ¿Con el Club? Déme con Faúndez. Usted habla con la señora Montecinos. Necesito un mensajero... ¿Cerrado el Club?... Inaudito. ¿Cómo se imagina semejante disparate? Usted siempre incurre en un error. La Derecha posee sentido común y nunca hemos perdido en este país... Sí, nosotros ganaremos... Me urge un mensajero... Qué laya de gallinas contratan ustedes que ahora ni se arriesgan por sus patrones. Dígale al administrador de mi parte que tiene un pésimo servicio. Mi marido fue director del Club varios años y en mi época nadie se alzaba y los administradores sabían manejar a la servidumbre. Hasta luego, Faúndez.

—...¡Increíble, el Club cerrado! Eso digo yo, los hombres actúan como una tropa de cobardes, pretenden parecerse a las mujeres, cada día más afeminados con esos pelos lar-

gos, ya apenas quedan hombres varoniles. Sólo las mujeres actúan encachadas. En cambio los rotos, ¿cuándo se divisa un roto de la construcción con pelo largo o marica? Son hombres fuertes, brutos, por eso tampoco se hallan preparados intelectualmente para gobernar. ¿Cómo es aquello que el chofer se irá a buscar a sus hijas? Nada. Bastante tiempo ha perdido en la calle. Póngalo, Sonia, a fregar la platería, las tazas de consomé y que el servicio quede reluciente. ¿Y el relleno del pavo? Que venga la cocinera, quiero conversar con Carmen. —¿Cometeré un pecado al dar una fiesta con muertos en la calle?— Claro que tampoco es el día más adecuado, pero ¿qué me importa? Para eso cumplo setenta y cinco años y he hecho en mi vida lo que se me ha antojado. Las jaleas, que se congelen apenas, y tú, Mónica, déjate de comerte los sandwiches de las visitas. A los stanislaos que les pongan mostacillas. Me costó un triunfo encontrar papel de seda para los confites. ¿Y a ti, Carmen, qué te pasa que te ves llorosa?

—Miraba la televisión...

—Sí...

—Mi hermano hace la guardia en los Blindados número dos... Transmiten la pelotera.

—¿Qué cosa?

—Las gentes huyen despavoridas ante

los tanques. Se tomaron el Banco Sudamericano, el Ministerio de Hacienda e intentan tomarse el Ministerio de Defensa...

—Perfecto pues, que caiga el gobierno, lo hemos soportado demasiado... ¡A mí con racionamiento! Por supuesto anduve viva y acaparé cuanto pude, sin eso hubieras tenido que pasar en las colas.

—¿Acaso igual no me la llevo?

—Sin necesidad, porque hasta el momento conservamos comestibles y quizás por cuánto tiempo más, a pesar de que hemos regalado y vendido bastante. Sí, esto debe terminar, Carmen. ¿Dónde se ha visto que el pueblo quiera gobernar? Ahora pretenden apropiarse de la Papelera. Sí, esto es un gobierno de ineptos, de incapaces. Vaya que entregarle todas las empresas a los trabajadores como si poseyeran estudios para manejarlas...

—Pero, patrona, los obreros producen, laboran... además el país pertenece al pueblo porque ellos lo construyen y son los más numerosos.

—¿Cómo se te ocurre? En conjunto, dirás tú. El cerebro, la idea, la inteligencia, viene del más capacitado, del rico que es el instruido.

—Era que fueran ignorantes todavía, cuando desde chicos comienzan a estudiar y ¿cuándo los pobres gozaron de semejante

ganga? Yo comencé a trabajar a los ocho años de niñera y desde entonces no he parado y aquí gano mil quinientos en vez de ganar cuatro mil como los demás.

—¡Me parece el colmo! Te estás convirtiendo en comunista. Influencias de Mónica son éstas ideas subversivas... ¿Dónde anda Mónica? Ya se escapó. Ahora pretendes reclamarme salario de cuatro mil, todo lo que te he enseñado, te he convertido en cocinera, porque cuando llegaste sabías cocinar sólo cazuela. ¿Y los conocimientos de cocina francesa de seguro que tú los aportaste? ¿Y el niño? ¿Acaso tu huacho se crió en tu casa? ¿Quién te hubiera recibido entonces con un crío en brazos? ¡Mal agradecida! ¡Ingrata!

—Usted se equivoca, señora, yo le estoy muy reconocida, por eso me quedé tantos años aquí. Yo sé que el niño come como un adulto y por eso nunca exigí ganar mayor sueldo, aunque bien podría trabajar dejando al niño en las guarderías, gangas que antes carecíamos y tampoco fue obra de los ricos.

—Pero con todo lo echaremos abajo.

—¿Para caer en el Fascismo?

—¿Qué sabes tú de Fascismo?

—Sí, en la televisión he aprendido lo que han sido los nazis...

—Volverá la Derecha a gobernar apoyada por las Fuerzas Armadas... Voy a atender

el teléfono. ¡Aló! Rosa... Te equivocas. ¿Estamos derrotados? ¿Crees que también son incapaces? Demasiado inteligentes jamás lo fueron, pero en fin, pasará a otras manos. ¡Qué terrible! ¿Dictadura? Encontraremos a un economista que nos sacará adelante. Esto lo considero grave, pero te espero de todas maneras. ¿Que te quedas en tu casa?... pero si es mi fiesta. Me defraudas, ¡tienes que venir!, si hasta Domingo Bermúdez, el Ministro de la Corte, me envió... Se cortó la comunicación... nadie vendrá... qué lástima... Voy a llamarla de nuevo... tal vez la convenza.

El Paquete

—¡Maldito! —gritó el hombre que se hacía el puto y volvió a salir corriendo mañana de mis ojos al menos a las seis de la mañana.

—Por supuesto, siempre se va a la madre. Vaya tranquera con la madre que se fue a la hora Cacha al Campo de Batallas.

—Gracias, comadre. ¡Ay! no falta un hora de que salga el Tito. ¿Por qué diablos no me lo largarán estos tarados? lo excomulgamos, nos hace falta en la casa. Sin la ayuda de ustedes nos iríamos por el alambre. Y él nada tenía que ver, hubiese sido dirigente siquiera, a él ni bolilla le daban. Claro que cuando tomaba sus traguitos se evidenciaba y se creía presidente del Sindicato y se nos pronunciando discursos que la Coordinadora para arriba, que la Coordinadora para abajo, que ricos y pobres posean los mismos derechos a la salud, a la vivienda, al estudio. ¡Si es para la risa! El día del juicio irá a una cosa semejante. ¡Acaso tenemos que los médicos nos receten los remedios

—¡MARGARITA!— grita Liliana volteándose hacia el patio vecino— ¿Puedes cuidar mañana de mis hijos mientras trajino las diligencias?

—¡Por supuesto!, cuente conmigo, comadre. Vaya tranquila con la Nena y la señora Chela al Campo de Recreación.

—Gracias, comadre. ¡Ay!, no hallo las horas de que salga el Tito. ¿Por qué diablos no me lo largarán estos tarados?; lo extrañamos, nos hace falta en la casa. Sin la ayuda de ustedes nos iríamos por el alambre. Y él nada tenía que ver, hubiese sido dirigente siquiera, a él ni bolilla le daban. Claro que cuando tomaba sus traguitos se envalentaba y se creía presidente del Sindicato y vamos pronunciando discursos: que la Coordinadora para arriba, que la Coordinadora para abajo, que ricos y pobres poseen los mismos derechos a la salud, a la vivienda, al estudio. ¡Si es para la risa! El día del juicio llegará a una cosa semejante...! ¿Acaso ignoramos que los médicos nos recetan los reme-

dios más baratos e ineficaces? Agüáiteme, brotada de várices, ya se me revientan las piernas, aguantándome a duras penas, en lugar de ir a curarme. Si pierdo días enteros en los consultorios por vicio. Estos doctores del Policlínico son harto pencas y momios. Ayer, con pinzas le separaba el pelo a la niña como si tuviera liendres o piojos. Me entró la indiada, agarré a la chiquilla y se la quité: —Si esto es sarna, no son bichos, y con azufre y manteca se mejora, igual que los perros!— le grité y me mandé cambiar—. Que tontera perder el tiempo y menos ahora con el Tito preso. Después la veo, comadre, una vez que llegue a un acuerdo con la Nena y la Chela porque todavía tengo que plancharle la ropa al Tito para llevarle sus muditas.

Las rejas del Campo de Recreación, un hervidero. Vuelan millones de moscas y un calor seco emerge con redoblada intensidad. Mujeres, niños y hombres se aglomeran a la entrada, inquiriendo por sus seres queridos. Cada puerta marcada con una letra. A ella le correspondía la R, pero ese martes acudió demasiada gente y los pardos metralleta en mano, exigían orden y ninguna aglomeración. Así que las tres mujeres se sentaron debajo de los árboles, en la vereda de enfrente a enjugarse el sudor y a retomar aliento. El pavimento reverberaba y los vendedores de

helados y bebidas gaseosas, “sapos” de primera línea y adiestrados soplonos, se inmiscuían entre ellas escuchando las conversaciones adversas al desgobierno imperante mientras ellas aguantaban mudas la sed, el calor, la deshidratación. De pronto, a un pardo se le salió un tiro. ¿Si se encolerizaran porque el calor se tornaba sofocante y dispararan contra la muchedumbre? Una nunca sabe. Todos los martes acudían por la ropa sucia del Tito y entregaba la limpia, eso la ponía contenta como si esa función doméstica la enalteciera.

Ir y venir, trajinar todo el santo día, que los chiquillos, que el lavado, que la tierra, que la comida, que la plata. ¡Ya me resta vender sólo la máquina de coser! ¿Qué haría sin ella? ¡Cuánto me sirve este vejestorio aunque se atranca a menudo para remendar la ropa de los niños, y las costuritas, pocas es cierto, que me llegan de ocasión cuando nadie las puede coser y les urge algún apuro, entonces se allegan y me piden el servicio! —Mañana a primera hora necesita mi marido el pantalón cosido para presentarse al trabajo, o el vestidito de fiesta, o el delantal del colegio, siempre todo de urgencia. Pero esa servicial buena voluntad con que la usan en la población crece como el mar y le infunde bríos y confianza. Mentalmente acaricia su máquina Reina de manilla desgastada, con

sus dorados y conchaperla descascarados, enfundada en una urna de madera. Los cortes de géneros del año pasado los malvendió uno a uno para subsistir. Le dolía haber perdido el azul estampado, con esas flores blancas hechiceras, que parecían salirse del género. Ese género duchesse, sedoso, semejante al raso tan suave al tacto. Tito se lo regaló para su cumpleaños. “Así no te quejarás de “pilchas” para pasear conmigo en el Parque Bolívar”, le había dicho. Ir al Parque significó siempre un sueño apetecido. Casi todas sus amigas de la población comentaban las maravillas de los espectáculos y lo barata la comida. Pero la esperanza de ese codiciado paseo se esfumó perpetuamente, igual que muchos otros. Ya no le importaba vestir el relavado traje verde. Lo importante consistía en lograr la libertad de Tito, poderlo abrazar, reír juntos y acostar a los chiquillos sin oírlos quejarse de dolor a la panza por el hambre. La pobreza la sacaba de quicio. ¿De dónde y cómo sacar plata? Claro que ella se las ingeniaba engañándolos con azúcar quemada y agüita de té.

A pesar de lo sofocada se acercó a la letra R y con su mejor modo le pidió a la señorita de la Cruz Roja por Alberto Rojas Arangua. Esta, después de echar una ojeada con fastidio a las listas, —siempre cambiaban a esas señoritas por otras igualmente

lerdas—, le dijo que sí, que allí estaba. Liliana pidió el paquete de ropa sucia y entregó la limpia. —“Ahora debe esperar, la llamaremos. Escriba el nombre del preso”. Ella llevaba el papel listo desde la casa para economizar tiempo y a fin de conseguir una letra caligráfica y exenta de errores. Aguardó junto a la reja para escuchar el llamado. Alerta. Ninguna pavería. Firme como los pardos sin eso se exponía a que la tutearan enfurecidos. Ella había visto cómo uno le daba culatazos a una señora y le agregaba garabatos, por lo tanto ella tomaba sus precauciones. En esta ocasión el pardo volvió enseguida.

—Alberto Rojas Arangua— gritó.

Liliana, extrañada de la prisa, volvióse rápida:

—Soy yo.

—Junte veinticinco mil escudos y vaya a buscarlo a la Morgue.

El animal le estiró un papel donde llevaba el nombre y algunos timbres.

Liliana se limitó a abrir y cerrar la boca y nada musitó. Se allegó hasta sus compañeras con el papel en la mano.

—Me han matado al Tito —les dijo.

—Virgen Santísima —murmuró la señora Chela— la misma suerte que la Nena... Que en paz descansa— y se persignó.

Veinticinco mil escudos es demasiado dinero. ¿Alcanzará a reunirlos? Siempre la pesadilla del dinero. Tendría que recurrir a la familia y entre todos apechugar y tributarle al Tito un funeral digno. La patrona, quizás, le adelantara a cuenta de futuros lavados a pesar de las amenazas de mandar la ropa a las lavadoras eléctricas, eso la obligaba a deshacerse de su máquina de coser.

El Centro de Madres le compró la Máquina de coser en ocho mil escudos, ¡una ganga! Claro que estaba viejita y ella harto que la había desprestigiado, culpándola de su pésimo funcionamiento. “¡Una porquería! Me echa a perder mis costuras, enhebra enredado, a ratos se taima, la bobina encrespa el hilo”. Con ayuda de los vecinos logró juntar dieciocho mil escudos, le faltaban sólo siete para los veinticinco. La familia contribuyó con otros cinco y la patrona, condolida de su desgracia, le anticipó cinco y le regaló un traje de seda negro, que le quedó estrecho, pero descosidas las costuras lo dejó más o menos presentable.

Llegó a las once de la mañana con la señora Chela y un hermano del Tito. Ellos, gracias a Dios, nunca antes pisaron la Morgue. ¡Qué terrible cosa entrar a esas cámaras frías, repletas de cadáveres con olor a formalina y muertos tajeados, zurcidos del cuello hasta el sexo, amaratados unos, y los demás

con esa palidez escalofriante, y tantos, y amontonados, y solitarios y mudos, y misteriosos, muchos con los ojos abiertos, heridos a bala, perforada la carne, con una oquedad violácea. Esa carne que creció, se estremeció de júbilo y se encogió de dolor en la hora asesina de los poderosos. El, que dio su sudor por construir casas a los ricos, altos edificios que jamás tuvo oportunidad de conocer habitados, que a veces se marchaba sin desayuno para llegar a tiempo a la construcción, que trabajaba a trato porque para eso era obrero calificado: albañil estucador, ahora lo asesinaban. ¿Por qué? ¿A quién dirigirse? ¿Cuándo y cómo podría saberlo?

El encargado de la Morgue fue en busca del cadáver.

—Este es— dijo, y mostró un bulto chico envuelto en sábanas.

—Está mutilado— exclamó la mujer perpleja—, le han cortado las piernas.

—¡Qué horripilante crimen!

El encargado leyó la ficha que acompañaba el paquete. “Treinta y un años, color moreno, estatura un metro ochenta. Talla cincuenta. Todos sus dientes, menos dos muelas”.

—Quién sabe— dijo el hermano, temblando—, aunque así... morado... resulta un desconocido, pero los datos coinciden. Tito

fue siempre encachado. Se gastaba buena cuerpada y lindos dientes.

La mujer le tocó la cara y se echó a llorar. —¿Qué han hecho de tí, Tito? ¿A qué tortura macabra te sometieron para dejarte desfigurado? No. No puede ser— negó la mujer rechazando de plano su hondo dolor.

Reinó un momento de desconcierto. El encargado se retiró, el hermano abrazó a Lilitiana y juntos sollozaron en silencio. Chela creyó su deber unirse al grupo y los abrazó a los dos.

—Es duro, pero debemos conformarnos, comadrita.

—¡Jamás!— gritó dolida, impotente.

El encargado se acercó a los deudos.

—Digan ¿qué deciden? ¿Lo reconocen? Porque sin eso lo llevaremos a la fosa común como anónimo o lo entregamos a los estudiantes de medicina.

—Deje mirarlo de nuevo— pidió el hermano—, aunque lo encuentro bastante cambiado, se asemejan sus rasgos.

—¡A la fosa común por ningún motivo! Para eso puedo enterrarlo dignamente. ¿Por qué está tan desfigurado, irreconocible casi?

—Qué sé yo, señora, cómo habrá muerto. Tiene toda la cara destrozada.

—¿Ráfagas de ametralladoras?— preguntó el hermano. Mas no obtuvo respuesta. Y sin más averiguaciones retiraron el cadá-

ver y lo sepultaron.

Pasaron los días de ese triste verano entre la áspera pobreza y un hastío que le cortaba la respiración a Liliana. La imagen de su marido muerto fermentaba en las noches de soledad voraz. Una inercia demolidora se adueñó de su persona. “Siento una holladura en el pecho un desasosiego constante”, murmuraba a menudo.

A las cinco de la tarde, mientras Liliana lavaba en la batea, se estremeció de pies a cabeza y palideció. Tito, bastante esmirriado y cojeando entró al patio de la casa.

—¡Dios mío!, ¿a quién sepulté?

*Y en mi soledad espantada
te busco deseándote hallar.*

LA VENTANA sigue donde mismo, como si pudiera rodar y mudarse de lugar como aconteció en otra época con las Cien Ventanas.

—A José Manuel Gómez lo trasladaron baleado a la casa de Las Cien Ventanas...

—me lo dicen de súbito, sin respiro.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—...tiene cinco perforaciones.

(En este momento chorreando sangre por las cinco heridas. ¡Tanto repetirte! ¡Andate del país! No torees, ni te alienes, ni te fascines en jugar al héroe...).

—Ignoramos en qué condiciones se enfrentó a los asesinos...

—¿Por qué lo balearon? ¿Estaba armado? Entiendo que él ni siquiera sabía disparar, con la ceguera que lo atormentaba. Acerca las cosas a sus ojos miopes. Su única culpa consistía en disentir del sistema. De seguro lo pillaron reunido.

—¡Así fue!

(Con lo que le gustaba apaciguar su conciencia, su papel de líder.). ¡Tremendo delito!

Cuán iluso creyendo que conseguiría cambiarlos. (Claro, extirpar las pandillas de chicos, metidos en medio embrollando la operación limpieza. Si a ellos también les gusta jugar al campeón. A ver quién gana. Para eso les sobra material).

—Dicen que arrancaron por distintos lados y él se metió en una calle sin salida, ahí lo acribillaron.

(¿El golpe lo recibí en la boca del estómago, o fue en las rodillas que se me doblaban? Tan recio y contundente. La cabeza firme y un creciente malhumor provocado por la estupidez).

—¿Dónde sucedió?

—Eso, nadie lo sabe.

(Ganas de gritar: ¡Hasta cuándo perseguirán a los candorosos, a la generación de los libres, de los invencibles!).

—Ayúdeme, por favor. Usted conoce la casa, si lograra averiguar algo...

—Peliagudo. Lo intentaré.

Me arrebosé con un chal y crucé la avenida. Caminaba hacia Las Cien Ventanas donde ellos de muchachos se entretenían en arrastrar cadenas por los sótanos, ¡cosas de chiquillos!, y pensar que alguna vez se consideró una construcción moderna cuyo funcionamiento rotativo lo producía la energía solar. Los vidrios se desplazaban de su centro dependiendo de la atmósfera impe-

rante. Pocas edificaciones de ese estilo sobreviven.

—La muchacha con quien andas la encuentro fina y sensible.

—¿Eso piensas?

—Supongo que la amas, cástate con ella.

—¡Ah!, ¿tú crees? Lo ignoro. He amado una sola mujer, eso tú lo sabes. Sólo de ese amor estoy seguro. ¿De lo demás...?

—Pero tú sabes que producimos cortocircuito de inmediato... ¡Si no fuera así!

—¿Por qué no abandonas al radical? ¿Qué te une a él, cuando nunca se va a casar contigo?

—¿Y tú, te vas a casar conmigo?

—Déjalo primero y después lo sabrás.

—Dímelo ahora.

—¡Inadecuado el momento! Voy a aglutinar fuerzas con los revolucionarios que queden y volcaré todas las fuerzas a la resistencia antes que le cambien la mentalidad al hombre libre y lo conviertan en autómeta. ¿Ves? No tendría derecho a traerte desgracias —dijo abrazándome con ternura y me enlazó fuertemente—. ¡Cómo hemos desperdiciado la vida, mi Penélope! ¡Cuídate mujer y no me olvides! Algún día nos juntaremos, porque tú perteneces a los de conciencia tranquila.

Ya había llegado a la reja. ¿Cómo te

atreves a entrar?, me dije aterrada. A lo mejor me meten a mí también.

—¿Por quién viene? —preguntó el portero.

—Por José Manuel Gómez. (Hay que hablar lo menos posible).

—Pase.

Escalé uno a uno los interminables peldaños de la descompuesta escala mecánica. “Aquí debe estar”, me dije.

Cuántos enemigos se cruzan en mi camino. Ninguna competencia investigadora. Un desnivel increíble. En el pasillo una cortina. Traspasé la cortina: un robot parlante.

—¿Qué hace aquí?

—Necesito saber de José Manuel Gómez. (Sapeaba por si acaso... mas nadie asomó su nariz).

—Imposible pasar sin una tarjeta de mi anónimo conductor.

—¿Dónde lo encuentro?

—En lá escalera cuátro.

¡Oh! la escalera cuatro. Con tal de no encontrarme con él mismo.

Aguardaba en la incertidumbre. La puerta se bamboleaba. Procuraba afilar cual lince mi vigilancia. Desconocer al adversario. Uno contravino órdenes, abrió más la puerta de lo permitido y pude atisbar al anónimo conductor quien me pareció demasiado espantable y retrocedí huyendo.

Debiera dar vueltas por el otro lado de la casa por si alguien se asomara a la ventana y corro hacia la esquina simulando interés por las plantas de los antejardines y ojeando rápidamente cuál sería la ventana, por fin un rostro me reconoció, reía.

Me creía ante un acuario. Desde docenas de ventanas me acechaban los peces, abriendo y cerrando la boca. En la última ventana seguía el conocido sonriendo, le hice señas que buscara al baleado. Desapareció por un rato mientras otros rostros, muchos, amigos, sonreían. Los peces seguían abriendo y cerrando sus bocas.

Volvió el conocido y movió negativamente la cabeza. Desalentada alcancé a ponerme a salvo.

—Lo operan. Una, dos operaciones...

(Dios mío, ilumíname para salvarlo... Pero Dios se negó a iluminarme en la formidable soledad, y a la ventana ya nadie se asomaba).

—Doctor, usted tiene acceso y puede informarme de su salud.

—Lamentable que a individuos como ése no los maten. ¿Qué significa el siete por ciento de la población? Existe ese porcentaje, indispensable eliminar, sólo así seguiremos tranquilos y se realizará el plan.

Y ese “doctor” era “mi” médico, famoso en neurología.

Entré al jardín de la casa de Las Cien Ventanas: fragancia a jazmines y a éter.

—Prohibido pasearse. Salga.

—Tan lindo su jardín.

—Lea el letrero.

—Bien. Bien. Escúcheme: ¡déjeme pasar!

—Siempre que el anónimo conductor autorice.

—¿Ningún otro lo reemplaza?

—Nadie.

Cola entre las piernas, achunchada, desmoralizada. ¿Y si se muere con tanta operación? Idea idiota. Insúflate valor. ¿Qué harán con él, con la mentalidad de los sanaenfermos? Difícil darse por vencida. No te mueras, repetía todo el día. No te mueras, amor. ¿Cómo raptarlo? Tan cerca y vedado cuidarlo.

—Acudiré a la justicia.

—¡Qué ingenuidad! ¿De cuál justicia me hablas? Estás sola, sola. (¡Aguántate! No desertes de respirar).

El Alto Comisionado de la Cruz Roja decidió una visita de inspección. Después de aquella llegué a entrevistarlo.

—Aunque tomaron todas las medidas necesarias para ocultarlo no se escapó a nuestro conocimiento que allí escondían a un prisionero.

Más tarde supe que, de la cama post operación, lo habían sacado, pasado a una silla

de ruedas y encerrado en el cuarto de baño.

José Manuel gritaba, reclamaba que se enfriaba. Pese a sus gritos nadie acudió en su socorro. Quizás intuyó una macabra conspiración, él, que vivió pensando en los demás.

Un mediodía nublado y frío vino a verme la compañera que yo había visto en algunas ocasiones con una delgaducha rubia de ojos azules, a comunicarme que:

—Logré comunicarme a través de una niña.

—Feliz tú, para mí ha sido imposible.

—Lo volvieron a operar, casi se les muere, sin embargo va sanando. Esperamos que lo den de alta. Creo que dentro de poco viajaremos a España.

—...Pero tú crees que lo soltarán?

—Seguro, ningún cargo existe.

—Me parece raro que dejen libre a José Manuel.

—Así que yo me anticipo a esperarlo en España y su hija vuela al Canadá.

—¿Y quién lo defenderá?

Se quedaron mudas.

—Pero es tu hombre, y tu padre, yo soy sólo amiga.

—Siento bastante miedo... y él desea que viaje. Felizmente sigue recuperándose. Nadie en estas circunstancias se ofrece a ampararme. Mis padres me echaron cuando me junté con él. Aquí, a tu casa, no me con-

viene venir. La única alternativa me la ofrece el CIME¹, tengo que aprovechar esta oportunidad, porque si la rechazo después la perderé.

—Y yo —dijo la hija—, me marcho con mi novio y mi madre.

—Fabuloso. Dime al menos a través de quién te conectas.

—Imposible decírtelo.

—Entonces, ¡él quedará en las manos de Dios...!

La frase flotó en el aire.

—Quizás lo divisemos hoy. A las cinco campanadas del reloj de la Parroquia nos vamos a pasear enfrente.

Caminaban tres mujeres unidas por el hilo del amor. Tres mujeres tristes con un caudal de mañanas. En la calle una muchedumbre y en la esquina dos hombres siniestros, de chaquetas de cuero negro, nos espían. Se nos pusieron al lado. En el cuerpo central del edificio, de pintura descascarada, con ventanas otrora giratorias, estaba José Manuel Gómez, vital, vibrante, con su cabello rizado, crecido, vigoroso, con su hermosa cabeza de Cristo, preparado para desafiar todos los destinos. Al vernos debe haber-

(1) Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas.

se conmovido, pues agitó su mano levemente sonriendo. De su ser emanaba una serena dignidad. Los siniestros de la calle atisbaban aquí y allá. Incapaz me sentí de apartar mi vista del baleado. Entré en una frutería y desde allí seguí mirándolo, devorándolo...

Llené mi pupila de la suya.

Al día siguiente lo sacaron de la casa de las Cien Ventanas y José Manuel Gómez se convirtió en desaparecido, en mito, en leyenda.

Cuatro años han transcurrido y todavía fijo la vista en la ventana por si llegara a devolverme la esperanza.

La ventana sigue donde mismo...

ANTES QUE se cuele el invierno es necesario viajar al campo a sembrar. A pesar del miedo de las balaceras por las noches y al amanecer y hasta en pleno día, con patrullas de uniformados por todos lados, como que el quehacer se paraliza. Y el tráfico detenido con ese maldito Metro a medio construir, atochado, quizás cuándo se terminará, y los autos piteando y ninguno avanza y apurada que ando. “Si hoy viajaré al campo tengo que llegar a Profesa antes de que cierren las bodegas. Forzosamente debo comprar el grano y el fosfato. Este año produciré una excelente cosecha con un rendimiento alto, al revés del año pasado que planté a destiempo, pero con tantas catástrofes una apenas progresa”. Menos mal que llego a tiempo.

Y ahora aquí, camino al campo, en este bus repleto de pasajeros. ¡Qué alegría llegar a su campito de mariposas, sus colmenas, el rumor de las hojas, ese rumor de frotación de pétalos y el pólen esparcido, volátil, for-

mando arabescos, con las esporas desfallecientes y los capullos cerrados alertándose al sol con ese vértigo que la poseía en la hamaca, ese embrujo de tiempo distante y presente... y el agua en la acequia y el penetrante olor a heliótropo, a estiércol, a eucalipto. Allí aguardaría su viejo jardinero respetuoso sus órdenes. —¡Ay!, patrona, ¡qué de menos la he echado! Yo me iba a mandar cambiar, porque aquí vienen todas las noches los canallas con sus metralletas, me las meten en las costillas. Me arranqué el otro día, ni me asomo por aquí. Imagínese, sin ninguna arma y tantos... ¡Claro!, allanaron. Se entraron para la casa, rompieron los vidrios para que usted vea y se llevaron todita la ropa, patrona, también los cojines de pluma y las frazadas, sus zapatos y las alfombras. Ninguna cosa he tocado para conservar las huellas y para que usted traiga a quien corresponda. Mejor que los llame de inmediato, así podrá hacer la denuncia. En la casa patronal sí que destrozaron con el yatagán, le soltaron la chapa y le volaron el batiente entero a la puerta, rompieron los vidrios de las ventanas y también la mampara de cristal la dañaron y se levantaron todito lo que pillaron, hasta el colchón de su cama, ¿me lo va a creer?, acarrearón su colchón enterito, todas las frazadas y también su maleta negra, esa de Estados Unidos, lo único que le respetaron fue

el plumón, así, con él, podrá dormir porque mi pobre patroncita no tendría con qué cubrirse, ya que nadita le dejaron...—, y al viejo se le quebró la voz de emoción. La patrona lo abrazó y ni por asomo lágrima alguna brilló en sus ojos.

—Díme, ¿cuánto tiempo lleva esta casa abierta así, a cualquiera?

—Una semana, patrona.

—Tápiala. Trae tablas y las clavas por donde falte un vidrio.

Y se dirigió donde su madre.

—Señora, acompáñeme donde el Gobernador, este atropello me parece intolerable.

—Yo cuido mi prestigio. Me comprometo si te acompaño, al fin y al cabo vivo aquí permanentemente y necesito continuar en excelentes relaciones con el Gobernador.

—Perfecto: iré sola.

La Gobernación: desierta. Ella se paseó por los innumerables pasillos, pero sus puertas permanecían cerradas y por más que las golpeará nadie salió a abrirle, tampoco deambulaban por ellos, así que se aburrió. Descolgó el teléfono: mudo. ¿Lo habrán cambiado?

La telefonista: —Es el mismo.

Cinco allanamientos injustificados la obligaban a actuar “porque a ti nadie te atropella, ¿me oíste?”, así se lo repitió su padre

desde que nació y así felizmente había sucedido. ¿Quién representa el rango más alto en la provincia? Se lo dijeron. Se dirigió al Marítimo. Allí lo halló. La introdujeron en una inmensa sala llena de papeles y tableros.

—Soy fulana. Usted me conoce.

—Sí... —tartamudeó.

—Esto ha pasado.

Sorpresa.

—Imposible. Sí, se cometen errores, usted sabe.

—Deseo que usted me informe a qué obedecen estos allanamientos continuos. ¿Qué significan?

—Me acaban de nombrar en este cargo e ignoro cuáles sean los motivos.

—Si ustedes buscan armas aparezcan ahora que estoy en mi casa y no esperen que me vaya para entrar en ella. Registren mi casa en mi presencia. Quisiera saber quién me denunció... (porque la mesa contenía papeles con denuncias firmadas. Nada de azar, se actuaba por delación). Dígamelo:

—Pero yo... recién me he hecho cargo de este departamento, ignoro lo que ha ocurrido antes.

Desde esa conversación, santo remedio, nadie volvió a molestarla. Ahora casi llegaba tranquila al campo ya que se desconoce si esos hombres y mujeres que andan vestidos de civiles como investigando, oliendo resen-

tidos, sospechando de cualquier conversación telefónica, grabándola, trajinándote tus papeles por si escribiste algo censurable, buscando continuamente el delito y así se llevaron las películas de sus hijos cuando cumplían tres años para aumentar el “archivo de documentos sospechosos por revisar” y la dejaron sin esos testimonios de mirar a su padre vivo, de fijar la belleza de sus hijos, revivir cuanto constituye el patrimonio espiritual del sentimiento. “Al diantre el sentimiento”, si tuviéramos que respetarlo, ¿dónde iríamos a parar?, nos encontraríamos impedidos de jugar escondiendo los hijos a sus padres y no debiéramos aplicarle el ¡Click! en los testículos a los hombres, ni lauchitas Mickeys... a las mujeres. ¿Dónde se han imaginado los putamadres que los consideraremos? sediciosos, extremistas que pretenden aniquilar a los libertadores de la patria, a los defensores de la democracia y el peligro de caer en el marxismo leninismo moscovita con su sarta de secuaces adiestrados en Panamá, no, en Panamá somos nosotros, sino en La Habana, adiestrados por Fidel, ése que se las trae, que cree que toda América será y no, no será. Ya formamos la LIGA nacional expedita en represión e infiltración, ahora nadie goza de seguridad en su puesto, ni en su nombramiento, por destacado que sea, porque se sabe que se le vigila y cual-

quier deslizar... lo pagará. Por algo se declararon la manotodopoderosa que imparte la injusticia.

Qué ansia de otoño, contemplar las alamedas doradas y la profusión de hojas de álamo por el suelo y ver las hortalizas y los huertos alineados a lo largo del camino para llegar al río donde un día se bañaron desnudos, ardientes de calor en un légamo fresco debajo del sauce descolgándose de las ramas.

Le pondría un cerco de frambuesas a los porotos verdes sin hilachas, esa semilla valía la pena, obtendría mejor precio en la vega de abastos. Por supuesto que el viejo se negaría a plantarle sus choclos de adorno de distintas variedades y colores y de seguro habría olvidado replantar las frutillas, lo cual adelgazaría las guías y perderían su vitalidad. Mas lo importante consistía en la siembra de quínoa y poroto soya: sentía curiosidad por conocer el resultado. La proteína vegetal: un deber difundirla. Por algo desparramó al voleo semillas de lupinos para alcanzar el equilibrio ecológico.

Pensaba en las semillas viajeras, en la creencia de las razas primitivas que conquistaron la tierra construyendo andenes y acequias y todo provenía del vegetal en que te criaste, del barro en que te sumías de pequeña, en la fruta que a escondidas devora-

bas sin pelar aunque te brotaran boqueras y te gritaran fea, fea. Se reconoció de niña cimbrándose en los ganchos de tomate y se adormiló...

—Lo malo es que pasado el peaje revisarán las maletas y ahí sí que estaremos fregados...

—A lo mejor no.

—Andamos con tanto miedo que nos imaginamos fantasmas en cualquier sitio...

—...seguro que las examinan y ¿qué vamos a inventar, huevón...

—Comprendes el lío...

—Por la puta la...!

—Podríamos decir que deseamos mear!

—¿Y qué novedad con eso?

—Qué mierda haremos, nos pillarán las “payasás”.

—Nada, viejo, nada, quédate tranquilo.

—Resultaba menos peligroso el viaje por la costa, tal cual te lo dije, despliegan menos vigilancia.

—¿Qué sabes tú?

—Yo me opuse a que nos mandaran en bus.

—Bueno, si lo sé, ya poco se puede innovar. Adelante.

—Me c... de miedo.

—Aguántate, maricón... ¿Qué te ocurre?

A medio sueño escuchaba esta insólita conversación y entreabrió sus párpados y

miró al lado de ella, separado por el pasillo del bus, a dos muchachos, delgados, rubios y hermosos, como dos ángeles, de ojos color cielo y labios rosados, muy nerviosos y jóvenes. —¡Tienen menos de veinte años! —se dijo—, parecen niños. ¡Qué tremendo!... y acaban de nacer, en cambio yo he hecho mi vida, si me toca la hora diré que es una lástima perderse el brote del embrión de soya, pero la vida me donó todo y soy un ser totalmente realizado. ¿En cambio ellos...? ¿Cuántos sueños anidan, cuántos amores los esperan, cuántas risas, alegrías y conocimientos los aguardan? Y fue como si la desesperanza se le viniera encima y la sepultara, pues ya se encontraban detenidos frente al retén, con una enormidad de tropa patrullando y revisando los autos, los camiones, todos los vehículos que transitaban y, de pronto, sin notarlo, se advirtió hablándoles:

—Eulogio, entrégume los boletos de las maletas, pues las revisarán.

Los muchachos, estupefactos, temblando, se los pasaron y ella descendió del bus con el resto de los pasajeros y se puso al lado del guardia-equipaje para reconocer sus bultos.

El inspector que la atendió le pidió que abriera sus maletas, sus sacos de semilla, sus bolsas de mazorcas multicolores; del equipaje brotaban plantas, embriones, estacas.

Y ésas, ¿también son tuyas?

—También.

—¡Ya está bueno! —dijo el inspector—,
no abra más.

Tan Libre por la Calle

LA PREOCUPACIÓN **Tan Libre por la Calle**

alborotada de tantos sobresaltos, me inquietaba y, en cierta forma sentía desmochada mi libertad. Además, confieso que apenas lo estimaba, porque uno ama no por parentesco o por imposición, sino por afinidad, por simpatía, por fluidos magnéticos, por atracciones o hilos comunicantes. Trasvasija su capacidad amorosa y si la usa con desenfreno quizás a qué abismos mágicos o terribles llegaría. Uno debe medir su energía al amor, sin eso te columpian, pero lejos del caso, por consiguiente... luz verde.

—Iremos unos días de vacaciones y se dejaremos nuestro niño. Es demasiado chico para llevarlo.

—De acuerdo —acepté, inseguro de mis dotes de abuelo. El niño apenas cumplía dos años, heredó el color moreno de su madre, un poco feo, flaco y chico, se veía descomulgado.

La primera noche le armé cama al lado mío, mas el niño reaccionó furioso, anhelaba

LA PREOCUPACION por ese niño, en esta época alborotada de tantos sobresaltos, me inquietaba y, en cierta forma sentía desmochada mi libertad. Además, confieso que apenas lo estimaba, porque uno ama no por parentesco o por imposición, sino por afinidad, por simpatía, por fluidos magnéticos, por atracciones o hilos comunicantes. Trasvasija su capacidad amatoria y si la usa con desenfreno quizás a qué abismos mágicos o terribles llegaría. Uno debe medir su entrega al amor, sin eso te columpian, pero lejos del caso, por consiguiente... luz verde...

—Iremos unos días de vacaciones y te dejaremos nuestro niño. Es demasiado chico para llevarlo.

—De acuerdo —acepté, inseguro de mis dotes de abuelo. El niño apenas cumplía dos años, heredó el color moreno de su madre, un poco feo, flaco y chico, se veía descomido.

La primera noche le armé cama al lado mío, mas el niño reaccionó furioso, anhelaba

independencia. Alarmado con esa actitud, le trasladé su cama a la pieza vecina. Al amanecer del segundo día, en que por cierto yo dormía sumido en hipnóticos, tras una agitada noche de balacera, desperté abruptamente. A la orilla de mi lecho se hallaba el niño con un vaso, riéndose, pues me lo había derramado íntegro en mi rostro, con una expresión tan hermosa de felicidad, de chacota y de risa que me entusiasmé de inmediato con ese pergenio amoroso e impertinente que provocaba mi furor al despertar. Pero el afecto es así, lo que mal toleramos en los demás, nos atrae en los que nos desafían y desde ese momento supe que el niño sería fuerte y seguro. Tal vez carecerá de un físico desarrollado, pero espiritualmente sabrá valerse. Ese pacto de cariño bautizado se prolongará a través de mi vida. ¡Ay, mi vida! Pasar un rato juntos se transforma en un festín. Jugar con él, mostrarle la intimidad de las flores o el vientre de un sapo constituye una dicha insustituible y ambos nos sumíamos en un amor maravilloso.

Ese domingo tomé un bus y me dirigí con él al zoológico. El bus iba casi vacío, dos señoras detrás nuestro y un hombre en la parte posterior. Las señoras bordeaban los cincuenta años, tejían y cotorreaban sin cesar. Una dijo:

—Me espanta el problema económico: el

suelo de mi marido, junto al de mi hijo, apenas nos alcanza para comer.

—¿Qué me dices a mí? —replicó su compañera—, ni siquiera podemos sacar el automóvil los domingos para mantener la batería cargada. Llegamos hasta pasar frío, porque la estufa, que habitualmente la manteníamos el día entero encendida, ahora es un lujo, creerá que hasta la empleada tuvimos que despedirla. La pobre me suplicaba que la dejara por el mismo salario pues le sería imposible encontrar ocupación. ¡Lo hallo el colmo! Imagínese, ya estamos viejos y obligados a privarnos de una doméstica excelente porque nos resulta imposible pagarla.

—¿Quién se iba a imaginar que esta situación resultaría peor que la anterior? ¿Usted lo hubiese creído? Claro que hacíamos colas para los comestibles, pero nos costaba la mitad.

—¿Se acuerda cuando nos poníamos de acuerdo para abastecernos?

—Y dígame usted, con las esperanzas que teníamos en el nuevo gobierno, actualmente todos andan igual que los otros, en automóviles, pero sin uniforme, mire ese que va allí —y señalaba un Fiat blanco con tapiz rojo.

—¡Pare! —gritó un individuo sentado atrás del bus. —Condúzcanos a la Comisaría más cercana —le ordenó al chofer. Sacando

un revólver y levantándose violentamente se dirigió a las señoras: —Ustedes parecen comunistas, extremistas, sediciosas... las mandaré presas por comentarios mentirosos.

—¿Quién es usted para impartir órdenes? —intervine.

—Yo: sargento militar. Me indigna que se hable de esas cosas, así que dejaré estampada la denuncia.

A las dos mujeres se les agrandaron los ojos, una comenzó a temblar, la otra apretó los labios y miraba al sargento asustada, ofendida casi. Me dirigí a ellas y las alenté diciéndoles que sin duda exageraba, que lo consideraba un atropello a la libertad de expresión, pero las cosas habían cambiado tanto que se prohibía emitir opiniones sobre el aspecto económico, político, cultural, antropológico, matemático, social, industrial, metafísico, etc., del país, sin riesgos semejantes.

—Nosotras sólo conversábamos de nuestra vida, de nuestros problemas caseros...

—¡Nada, de política! —interrumpió el sargento—, haciendo pésimo ambiente a mi general. Les puede costar la vida.

La señora, que abriera la boca, decidida se dirigió a la puerta del bus en movimiento, mas el sargento le cerró el paso y debió aguardar que llegásemos a la Comisaría.

—Deje sin efecto su orden, si anda de

franco. Es una arbitrariedad. Comprenda que son dueñas de casa...

—Deténgalos a todos de inmediato —ordenó el sargento apenas puso pie en la acera frente a la Comisaría. El se introdujo a una oficina.

Nos obligaron a entrar a una de las salas. Yo tenía un oficial amigo en aquella Comisaría y pedí entrevistarme con él, pero nadie me otorgó importancia. Las señoras rogaron les prestaran el teléfono para advertir a sus maridos, pero tampoco se les permitió. Lloraron y gritaron a degüello. Era realmente patético contemplarlas con sus tejidos abandonados. Una se paseaba de continuo sin pronunciar palabra mientras la otra rezaba, gemía, lloraba. El niño, al verlas tan aterra-das, se quedó observándolas un rato, pero pronto comenzó a reclamar: —¿Qué pasa, abuelo? Vamos al zoológico. Estoy aburrido. Salgamos de aquí—. Como no le diera en el gusto comenzó a lloriquear, se dirigió a la puerta y comenzó a patearla y a lanzar gritos histéricos, la remecía, golpeaba sus vidrios con energía. Logré arrancarlo de la puerta e intenté jugar con él en un inútil empeño. Todos nos encontrábamos en una tremenda incertidumbre, pues desconocíamos el efecto que la gritería y las patadas del niño provocarían. Al rato llegó el oficial amigo. Se asomó y nos hizo salir.

—¿Qué te ocurre?

Se lo conté y agregué: —Imagínate que salí con el niño.

—Andate inmediatamente conmigo. Yo te llevaré.

—...¿pero las señoras?, ¿cómo las voy a dejar solas... si conversaban de sus problemas domésticos...?

—Vente conmigo, idiota. Ya resolveremos lo de las señoras...

—Pero piensa en ellas: son inocentes.

—Eso está por estudiarse. Ya veré lo que hago.

Y así fue como realicé el acto más deshonesto y cobarde que pudo realizar un caballero... dejé solas a las señoras.

Después traté de comunicarme con mi amigo e insistirle sobre la suerte que ellas habían corrido y nada, absolutamente nada, logré saber.

La Sorpresa

AL AMANE CER desperté con una alharaca en el edificio. Unos encapuchados se colaron a mi departamento, apuntando al mayordomo con revólveres. Me aprehendieron, me amarraron por las muñecas y cubriéndome con un saco hasta los hombros me introdujeron a un vehículo donde esperaban dos individuos. Prisioneros —pensé— sin dirigirles palabra, pues un guardia nos custodiaba.

Rodamos un rato, quizás fuera de la ciudad. Luego dejaron de escucharse ruidos de movilización, pero a la hora volvió el ruido del suburbio. El vehículo se detuvo y nos obligaron a descender a golpes y empujones. Entramos a una casa. Me sacaron el capuchón. En la sala encortinada había unas mesas largas. Ante una de ellas, sentada en una silla, una joven desnuda. Enfrente de ella un encapuchado la interrogaba. Me hicieron sentarme junto a la gemela mesa y de inmediato lo siguió otro encapuchado con los ojos abiertos a la altura de los ojos.

AL AMANECER desperté sobresaltado con una alharaca en el edificio. Unos encapuchados se colaron a mi departamento, apuntando al mayordomo con metralletas. Me aprehendieron, me amarraron por las muñecas y cubriéndome con un saco hasta los hombros me introdujeron a un vehículo donde esperaban dos individuos. Prisioneros —pensé— sin dirigirles palabra, pues un guardia nos custodiaba.

Rodamos un rato, quizás fuera de la ciudad. Luego dejaron de escucharse ruidos de movilización, pero a la hora volvió el ruido del suburbio. El vehículo se detuvo y nos obligaron a descender a golpes y a culatazos. Entramos a una casa. Me sacaron el capuchón. En la sala encortinada había dos mesas largas. Ante una de ellas, sentada en una silla, una joven desnuda. Enfrente suyo un encapuchado la interrogaba. Me hicieron sentarme junto a la gemela mesa y de inmediato lo siguió otro encapuchado con dos hoyos abiertos a la altura de los ojos.

—Mejor me largas en el acto donde guardas las armas y los nombres de tus amigos. Nadie lo sabrá y te concederemos la libertad—. El trato amable, educado, la voz persuasiva. En verdad yo ignoraba a qué armas se refería. Podrían matarme, pero yo nada tenía que declarar. Se lo dije. Cambió el tono de voz, llamó a un tercer encapuchado —¡Ablándalo!—, le ordenó.

El ablandamiento consistió en castigarme con los puños, abrirme las piernas y propinarme patadas en los testículos y rodillazos en el estómago.

Más tarde me sumergieron la cabeza dentro de un barril con inmundicias hasta que comencé a asfixiarme, entonces me la levantaban unos segundos para respirar y enseguida me la hundían. Imposible resistir más, me sentía ahogado, mareado. Vomité cuanto contenía mi estómago. Quedé con la ropa mojada, agria y sucia, me produjo asco y compasión mi deplorable estado y lloré de rabia e impotencia.

Me pasaron a la sala contigua donde estaba la misma mujer, siempre desnuda, sentada y atada en una silla. Igual cosa realizaron conmigo aunque me dejaron vestido con las manos atadas a mi espalda. Luego me vendaron la vista. Casi enseguida comenzó a entrar gente a la sala. Sentí caer la silla de la mujer que arrastraban. Empezaron a violar

a la mujer que se hallaba al extremo de la pieza.

—¡No, nooo!— gritaba ella, en medio de llanto angustiadesesperación. —¡Nooo!—, y se oía cómo se deslizaba por el suelo escabuyéndose, el crujidero de tablas, la lucha cuerpo a cuerpo, el jadeo de los hombres, el aullido de placer, la voz extrangulada, los golpes, las cachuchas, la voz brava y sonora de mando, colérica, altiva, el látigo, la flagelación, el ahogo. Sin duda varios la violentaban, pues a ratos se le encontraba la voz y se escuchaban sus quejidos sofocados. Algún valiente le tendría el pene dentro de la boca impidiéndole respirar, y la fornicaba un tercero. El piso de la sala se remecía entre gritos desgarrados, resoplidos de bestias, patadas y brincos. A juzgar por el entusiasmo parecían vigorosos jóvenes en un campeonato de rugby. Una vez terminada la sesión violatoria de diez hombres por lo menos, la mujer quedó exhausta, sollozando con tales alaridos de humillación y de congoja que comencé a consolarla, a musitarle muy despacio para tranquilizarla, para acallar o aliviar en parte la crueldad. Lloraba y repetía histérica: —¡Qué horrible! ¡qué horrible! ¡qué horrible Dios mío!—. Deseaba acercarme a ella, tendiéndole la mano, acariciar su rostro, ordenar su cabello, darle ternura, amparo, po-

derla defender del maltrato y comencé a balancear mi silla hacia adelante y atrás hasta tumbarla. Mediante un movimiento continuo de mi cuerpo logré aproximarme.

—Linda, linda, amada compañera, amor mío, ten valor, paloma mía, serénate... —algo así le murmuraba para consolarla, ignoro por qué le parloteaba de ese modo, pero mis palabras brotaban espontáneas, y mientras más hablaba la mujer gemía y se lamentaba tan desgarradoramente que en muchos instantes me pillé quejándome y aún ahora al recordarla me siento destrozado.

—... Jamás he mentado— me confesó. —Yo no sé nada de lo que me preguntaban. Te juro por Dios. Soy inocente. Por Dios lo juro— repetía con pasión, esforzándose por convencerme de su pureza como si yo la enjuiciara.

—Ya lo sé. Se nota por tu lenguaje. A ninguna agrupación política perteneces, pero se empeñan en descubrir focos de subversión inexistentes. Necesitan prolongar el estado de terror y justificar las medidas arbitrarias.

—Así parece— admitió la triste niña—. Me muero de frío. —Los dientes le castañeteaban.

—Relájate. Suelta los hombros. Ponte de espaldas y deja de tiritar. Verás como te recuperas. Piensa en el calor.

—... estoy tan cansada, tan... adolorida, Dios mío, que cosa más espantosa me han hecho.

—Olvídate. No pienses más en ello. Piensa que yo te acompaño, aunque impotente soporto tu sufrimiento sin poder cooperar, ¡cómo pudiera ayudarte, tenderte la mano, tocar tu rostro! ¡Abrigarte, transmitirte ternura!. Trata de dormir, eso te aliviará.

—¿Tú crees que lo lograré?— sollozó aún más todavía y nuevamente reiniciamos la conversación.

—¿A tí te torturaron?—. Se lo conté. Ella, muda, me escuchaba.

—Me sale sangre y ni siquiera me dejaron un pañuelo para limpiarme.

—Vé si aún conservo el mío en mi bolsillo.

Escuché cómo se deslizaba por el piso y llegaba hasta mi silla. Me levantó el capuchón, me tocó la cara con los dedos y me miró con sus dulces ojos color miel. Era rubia y pálida, con un cabello desordenado y largo, la cara machucada, un ojo violáceo y su cuerpo se notaba magullado a pesar que mi postura me impedía contemplarla entera.

—¿Deseas que te levante la silla o que te desate tus amarras?

—Déjame así, porque después te castigarán si me ayudas. Acuéstate cerca de mí —le

rogué—. Eres muy hermosa, tienes unos ojos preciosos.

—¿Tú crees?— murmuró en un suspiro.

Se notaba fina y frágil como una adolescente y en ese suspiro comprendí que el cansancio y el sueño la vencían.

Me quedé dormido y de pronto me desperté asustado.

—Compañera... compañera... —la llamé, y ninguna respuesta acudió a mis oídos, pero, afinándolos en exceso, escuché un desacompasado resuello de quien duerme en estado febril e intranquilo. Reanudé el sueño pese a la posición absurda de mi cuerpo, mis manos atadas a la espalda, la cabeza cubierta y sentado en una silla, me encontraba agotado.

Poco duró ese descanso pues a las escasas horas llegaron los encapuchados y se llevaron a la mujer y a los pocos minutos vinieron por mí. Me soltaron y pude ponerme de pie lo que constituyó un suplicio, tales eran los quebrantos de mi estropeada columna dorsal, sobre todo la cola resultaba la parte más lesionada y sensible de mi fatigado organismo. Me sacaron el capuchón, la luz me encandiló. Por último descubrí dos muchachos sin antifaz, jóvenes, rubios, atléticos. Me condujeron a una sala vacía con sólo cortinas de tul en las ventanas y a un costado de la pieza colgaba una caja como de dos

metros de alto por igual medida en el ancho y en el largo, con una puerta: “La cabina infernal”.

—¿Has reflexionado? ¿Deseas decir algo?

Alcé mis hombros en señal negativa.

—Conforme— dijo—. Entonces tú también entras— y efectuó una reverencia a lo Luis XV. Al abrirse la puerta de la cabina encontré en un rincón a mi chiquilla desnuda. De inmediato nos abrazamos empavorecidos de zozobra. Es indescriptible lo que se siente en esos momentos.

—Nos aplicarán electricidad— le anuncié.

—¡Qué horror!— gritó aferrándose a mí.

Alcancé a deslizar mis manos por su rostro crispado en un intento de transmitirle valor y en ese segundo las placas metálicas que forraban la cámara comenzaron a emitir vibraciones y descargas eléctricas que nos lanzaron lejos uno del otro. Topábamos el techo, las paredes, el piso, como acróbatas permanentes. Una sensación de locura superdominante, vértigo, relámpagos que traspasaban, borrachera de demonios en la sangre que arrasa con toda tu personalidad y te convierte en superviviente sumiso, vencido. Me sangraban atrozmente los oídos, todo el cuerpo me dolía y la muchacha gritaba y gritaba. Suplicaba. Yo aguantaba con es-

fuerzo las ganas de llorar y de gritar porque ella sufría tanto, Dios mío, se me antojaba espantoso su sufrimiento y creí cobarde demostrar el mío, pero hubo un momento inaguantable y también me largué a llorar y a gritar igual que la muchacha.

A ratos interrumpían la electricidad y nos concedían tregua, mas las bestias se enañaron con nosotros y volvieron a la carga.

Nunca fueron más horribles los gritos de la niña que en esa prueba. Yo estaba más allá de la desesperación de oirla, de sufrirla, de amarla... De súbito se acallaron sus gritos y vi su cuerpo saltando de un lado a otro, chocándose contra mí.

Cortaron la corriente, abrieron la puerta. Yo era una piltrafa. Ella, quieta sobre el piso, ni siquiera abrió los ojos. El encapuchado se aproximó a ella y la movió. Me di cuenta que no reaccionaba. Me acerqué a ella, la toqué y comprendí. Entró el médico vestido de delantal blanco con el estetoscopio colgado de su cuello: le auscultó el corazón.

—¿Ven lo que pasa? Ya les he advertido, se les pasó la mano: la mataron.

—Sale— me dijeron.

Aterrado, me arrastré fuera de la cabina.

—Debemos vestirla.

—Sácala de ahí— me ordenaron. Apenas podía caminar, tampoco aceptaba que

ellos la tocasen. Hice un esfuerzo sobrehumano y logré a tirones sacarla del horroroso lugar.

—Y ahora: ¡vístela!—. Me arrojaron un bulto de ropa.

Tomé el atado: eran los hábitos de una monja.

Pichanga

Pichanga

El desierto árido, polvo cal, polvo, impermeabilización de sol torcido, con esa película tenue cubrelotodo, escondiendo, ocultando el regazo de la tierra, tierra solada, sebrera, sólo a trozos la arona viajera, la libre, la volátil, la de los embudos aventureros que se eleva en espiral en un juego sin fin, cambiante e intrincado, en un corte al pillarlo, anuncia el paisaje, invade el horizonte, se convierte en pesadilla malsana, desencamina a los andariegos, confunde la huella y se adueña del desierto. Dura poco, pero cuánta desazón produce en el ser viviente que la enfrenta, semeja un fantasma silencioso que envuelve a la pampa y ahoga en un instante la luz vertical que parece estrellarse entre los montículos buscando un refugio para tanto sol desatado en mil espejismos transformados a ratos en la trampa de la esperanza, evasiones encantadas con que la retina del pampero entretiene su angustia. Nunca se vegetal germina ni asoma la costa lejana. La pampa es despoblada y sólo viajeros se

EL DESIERTO ARIDO, polvo café molido sobre polvo, impermeabilizado de sol tórrido, con esa película tenue cubrelotodo, escondiendo, ocultando el regazo de la tierra, tierra salada, salitrera, sólo a trozos la arena viajera, la libre, la volátil, la de los embudos aventureros que se eleva en espiral en un juego sin fin, cambiante e intrincado, en un corre al pillarse, en nubla el paisaje, invade el horizonte, se convierte en pesadilla malsana, desencamina a los andariegos, confunde la huella y se adueña del desierto. Dura poco, pero cuánta desazón produce en el ser viviente que la enfrenta, semeja un fantasma silencioso que envuelve a la pampa y ahoga en un instante la luz vertical que parece estrellarse entre los montículos buscando un refugio para tanto sol desatado en mil espejismos transformados a ratos en la trampa de la esperanza, esas visiones encantadas con que la retina del pampero entretiene su angustia. Ningún vegetal germina ni asoma la costra terrestre. La pampa es despoblada y sólo encierra al-

quimia, magia, química, locura de mineros, de investigadores, de sabios, de solitarios y ambiciosos. Suelo adentro estarán sus tesoros testarudos y el hombre se convertirá en topo, en coloso, en pirquinero o en un miserable desdichado para arrancarle al avaro desierto un gramo de su riqueza.

Testigo de ese panorama yacen las oficinas de las compañías extranjeras aún de pie invadidas en su mayoría por huarenes. Construcciones rectangulares, hambrientas de imaginación, sofocadas por el impiadoso clima.

Allí, en una de ellas, existen mil o dos mil individuos bajo la calamina de sus casuchas. Pocos de los que habitan en el campo de concentración duermen. Están los guardias de turno, los maltratados, los vigilantes y los prisioneros, los enfermos, los neuróticos, los que piensan en su hogar y velan la noche de luna al alba, los que escriben en sus memorias lo que la historia callará, los que sofocan su llanto por las humillaciones inconfesadas, los satisfechos de su grado, de su ascenso, de sus conquistas, de sus amores...

Aunque la vida es inhumana debían capear el aplastante aburrimiento al igual que los prisioneros. ¡Cuánto aprendieron de ellos! ¡Vaya que sabían! el día entero entretenidos y organizados, estudiando, trabajando con sus manos, aquellos que nunca las

habían utilizado y que sólo se ocupaban de pensar. ¿Cómo era eso de pensar? ¿En qué consistía aquello de intelectuales? No poseían la menor idea. Para ellos sólo actividad física: ejercicios, disciplina, obediencia, respeto, numerarse y limpieza. Cumplir órdenes y el manual. Así enteraban las horas, hasta el siguiente relevo.

Al toque de diana poner en fila a los prisioneros bajo el sol, contar uno por uno, “siempre piensan que algún loco puede escaparse”, como si fuera posible... Cantar elevando la bandera, sudando, deshidratados de sed, con la lengua tiesa, espesa, más descomunal que la boca. “Qué porquería verse obligado a cortar sus estudios eléctricos para salvar la patria, la guerra de la reconstrucción. ¡Tanta lesera!, si nada se reconstruía fuera del jardín que plantaban los prisioneros frente a la guardia. En fin brotaba algo de verde, de guías de color, algunos tomates que, por cierto, debían regarse continuamente, porque sedienta y ávida, exigente e imperiosa la arena mañoseaba como cabra en celo. Y eso no, ellos no permitirían que el prado se secara pues constituía el emblema de su afán: rehacer.

“¡No hay derecho! Compadre sería el huarisnaque Salas, muy compadre el vigilante, pero mearse en las plantas por ebrio que estuviera era una actitud intolerable y justo

el castigo, por harto compadre que fuera de todos los vigilantes, porque a la hora que a cada cual le diera por mearse en el pasto, al carajo la reconstrucción del país”.

Un prisionero, de los numerosos que poblaban ese campamento, se esmeraba en cuidar el oasis. Maleza que arrancaba la examinaba especialmente, se decía que coleccionaba un herbario de ellas.

Existían dos grupos de prisioneros: los peligrosos y los tratables. Con los tratables conversaban con la debida precaución. Cuidadosos de convertirlos en amigos, mas con los peligrosos la cosa se producía distinta. Aquellos permanecían encerrados en largos interrogatorios y en exhaustivos apremios. Sólo ciertos vigilantes tenían acceso a la barraca. Los capataces se comportaban severos y hacían uso de ellos para los casos delicados.

Siempre en el instante de la siesta de la vigilancia, de la pereza, cuando sólo se escucha la respiración del desierto impávido como un saurio petrificado, se dejaba oír una armónica henchida de sufrimiento que hasta lastimaba a los vigilantes. Esa voz musical sumía a la hueste en el más melancólico marasmo, fue buscada por doquier. Cientos de allanamientos dejaron incólume la voz de la soledad, del dolor, y los capataces a los vigilantes los reprendieron y los capataces a su

vez, se convinieron en alertarse y encontrar el instrumento que les inquietaba su apacible siesta o perturbaba sus conciencias, si la poseían, porque ya se ignoraba hasta la conciencia ya que la bonanza y la ignominia tenían posiciones contradictorias a la moral inculcada desde la infancia.

Ese domingo los vigilantes estaban hartos, habían trabajado la noche íntegra con los peligrosos recién llegados y con tres especialistas profesionales que los acompañaron. Con la presencia de esos enviados ellos presintieron la cercanía de la hora temida, la hora de los gemidos, esa hora de la espesura, del sexo, la hora de las aberraciones, la hora de la estupefacción que golpea la mente de los ingenuos.

¡Hasta dónde son capaces, ¡mierda!, de inventar, de imaginar... traspasan los límites de la indignidad humana... hasta dónde son capaces de llenarnos de estupor y elucubrar situaciones más allá del demonio, más allá de las técnicas bastante conocidas, vergonzosas, horriblemente asquerosas, inimaginables y miserables?... ¿Qué más podemos hacer que seguir las instrucciones al pie de la letra? Con aquella exigencia: ¡Más recio, dále más fuerte!... se excedieron con la "parrilla". Se sentían amargados pues los interrogatorios —pese a los esfuerzos por obligarlos a confesar— distaron de satisfacer a

la vigilancia y a su haber contaban con un par de lesionados cruelmente por lo tanto los volvieron a reprender y encima la noche se llenó de alaridos que sobrecogieron a la población penal y enseguida se escuchó la voz de la armónica que a la mayoría se les antojaba una constante advertencia y desafío.

—¡Juguemos una pichanga! Que nos vamos a quedar aquí choreándonos con tanta incompreensión... —y los capataces y los vigilantes salieron felices a jugar su partido de fútbol, para eso tenían pelota, la última que les quedaba.

Se inició el partido en un festivo enredo de chutes, empujones, zancadillas y garabatos, única descarga sana de sus organismos tan necesaria a la tensión permanente y al malhumor constante que lograron acorrallar a los locales. Salas puso esfuerzo, merecían ganar.

“Debemos por lo menos empatar, no soporto la derrota y pensar que estuvimos en la puerta del horno”. “Arbitro fregado, dále con mostrarme la tarjeta amarilla!”.

Raramente se producía un juego tan equilibrado. De pronto brotaron fusileros por todos lados y el arquero incapaz de realizar saques espectaculares como estaban acostumbrados. Necesitaban el triunfo, obtener el gol definitivo, el consagrador.

Faltaban pocos minutos para concluir el segundo tiempo cuando él, sin querer, le propinó una patada con tal ímpetu a la pelota —porque hasta ese momento le resultó imposible conseguirla bajo sus pies— que, al chutearla, la pelota saltó fuera de la cancha y cayó algo dentro del límite minado.

—¡La embarraste! —gritaron en coro—. ¡Huevón, concha-de-tu-madre! ¡Maricón! ¡Anda a buscarla! —mandó un exaltado—. ¡En castigo, que la traiga! Los gritos y empujones se entremezclaban furiosos.

—Les prometo que me la traerán. El partido debe concluir. ¡Por la cresta que lo terminamos! —gritó el culpable partiendo hacia la barraca.

Apenas traspasó el umbral de la barrera el capataz escuchó la música de la armónica muy próxima a su oído y se detuvo. Atisbó arriba y vio sentado en la viga del galpón al jardinero de las malezas de espaldas hacia él, tranquilo, arrancando de su armónica esas notas nostálgicas que tanto lo perturbaban y entonces, triunfante por haberlo descubier-to, el capataz le ordenó bajarse de la viga y lo condujo hasta el límite de la cancha.

—Ahora tú, que tanto te gusta joder-nos con tu música de mierda, tíranos la pelota que entró al campo minado!

El prisionero, alto, algo encorvado, pálido, desgastado, flaco, con los ojos hundidos,

se detuvo detrás de las redes y lo miró derecho a los ojos con sorpresa, rabia, melancolía.

—¡Tíranos la pelota, miiiiierda...! —gritaban.

Algunos fueron en busca de sus metralletas y lo apuntaban para obligarlo a complacerlos, pero él sólo los observaba y los dejaba enfurecerse.

El prisionero les volvió la espalda y clavó los ojos en la pelota, el área grande minada y la extensa soledad desértica y en esa contemplación ensimismada respiró hondo, se sentía aparte, libre o con deseos de correr...

Casi lo rozó una bala próxima a él.

“Si rehúso me fusilan y traerán a otro compañero y quizás a cuántos... a cuántos...” y quién sabe qué argumentos se dio a sí mismo, qué cálculos sacaría o qué cansancio le consumió el alma pues el condenado se inclinó, dio unos pasos, tomó la pelota en sus manos y en ese mismo instante saltó por los aires con la dinamita.

Minutos después del colosal estruendo nuevamente la melancólica música de la armónica invadió el campo de concentración.

INDICE

San Pedro y San Pablo	11
El Paquete	23
En las Cien Ventanas	35
Casualidad	47
Tan Libre por la Calle	59
La Sorpresa	67
Pichanga	79

**Dadme el
Derecho
a Existir**

TERESA HAMEL

**La Biblioteca Popular "Cornelio Saavedra"
y Unión Carbide Argentina S.A.I.C.S. entregaron el Primer Premio Internacional 1984
JULIO CORTAZAR a la escritora Teresa
Hamel.**

**La Revista Paula, le concedió en 1984, una
Mención Honrosa.**

**EDITORIAL ACONCAGUA
Colección Mistral**